

y de la sabiduría de un verso o de unas líneas que no se someten al torrente de la lengua, a la luminosidad del decir. Y esa libertad no teme pagar caro la osadía que es su silencio. De dicho silencio, de pronto, despunta una luz, el fulgor de la imagen que nutre: “El agua lava en los saucos el peso del tiempo”, “El relámpago se revela como herida impuesta sobre el agua”, “Nuestra mirada es un solo trazo que nunca más borrará la noche”. Consigno estos “relámpagos sobre el agua” como una evidencia locuaz de una poética que busca en la elipsis su mejor sentido.

Más que poemas en un sentido estricto, ajustado al canon de una —cualquiera— tradición, estas líneas de *Réquiem por Tarkovski* son esquivas, sin duda punzantes, que buscan nuestros ojos, pero no para herirlos, sino para despertarlos. Son fragmentos de palabras concentradas que buscan la imagen más que la descripción y el color. Prosa sustantiva, a pesar de que lo que busca con desnudo es la poesía misma, la abstracción de un silencio al que no le importa la soledad más que para hacerla de su lado, compañía irrenunciable, absoluta condición.

Y no pocas veces esta poesía es un decir en un silencio herido, en un cielo inconcluso, en una línea que mira hacia el abismo. Por ello, también no pocas veces, el poema no está en las palabras que leemos sino en la herida, en la indeterminación, en el abismo. La bella imagen que nos queda en cada texto suyo justifica con creces aquel retraimiento y aquella mudez que dije al principio. Como lo dice también el autor en un poema de otro libro: “Insistimos ante la luz / queremos que nuestras sombras / recuerden algo de nosotros”. Ese, me parece, es precisamente el homenaje que el poeta rinde a Tarkovski con el título del libro. El cineasta, el claroscuro de sus silencios y de sus silenciosas imágenes, rondan por estas páginas. ■

---

Luis Germán Sierra J. (Colombia)

## Aprendiz de cronista



*Aprendiz de cronista. Periodismo narrativo universitario en Colombia 1999-2013*

Carlos Mario Correa Soto

Fondo Editorial Universidad EAFIT

Medellín, 2014

481 p.

Cada día parece otorgársele mayor importancia a la crónica y a los cronistas, con la publicación de libros, su mención en medios de comunicación masiva y su premiación en certámenes que remuneran la escritura. Revistas físicas como *El Malpensante*, *Arcadia*, *Esquire*, y electrónicas como *Las2orillas*, *Vice* y *Bacánika*, son ejemplos destacables en Colombia. Más aún, no es baladí mencionar que el reciente Premio Nobel de Literatura 2015 le fuera otorgado a la escritora y periodista bielorrusa Svetlana Alexievich.

En su prolongada carrera como periodista, Carlos Mario Correa ha publicado crónicas en revistas nacionales e internacionales, pero también ha escrito sobre su teorización y práctica. En su ejercicio de la crónica, *Las llaves del periódico* (2008), logró un reconocimiento importante, resaltado por el escritor Héctor Abad Faciolince (2011), quien planteó:

Hay un libro fundamental para entender la historia del periodismo colombiano. Su título es *Las llaves del periódico*, y su autor Carlos Mario Correa. [...] En él este antiguo periodista de *El Espectador* cuenta lo que tuvo que hacer, como reportero raso, para que no lo mataran y para poder seguir dando las noticias de Medellín. Pablo Escobar y la mafia antioqueña habían prohibido que *El Espectador*

circulara y se vendiera; el mismo capo había hecho cerrar con amenazas la sede de Medellín, había matado a empleados y periodistas del diario, había dinamitado la sede de Bogotá y asesinado a don Guillermo Cano, su director. Y sin embargo el periódico seguía circulando gracias al valor de unos pocos periodistas, como Correa, que trabajaban desde la clandestinidad, en sedes sin nombre que había que ir variando de cuando en cuando.

En *Préstame tus ojos* (2004), el lector puede conocer al cronista Carlos Mario Correa, y los textos allí reunidos, escritos entre 1995 y 2001, son reportajes que continúan vigentes. Entre otros, las inmersiones realizadas entre los jóvenes que entrenan pitbulls como gladiadores, las personas que buscan en los pescados y plátanos el número del chance ganador, o la historia del hombre que despertó mientras le practicaban la necropsia, evidencian la versatilidad expresiva e investigativa del cronista Correa.

Teorizando sobre la crónica, en el libro *La crónica reina sin corona. Periodismo y literatura: fecundaciones mutuas* (2011), Correa realizó una completa reconstrucción sobre la crónica, la cual puede ser histórica, literaria o periodística, presentando tres estudios de caso respectivos sobre Juan Rodríguez Freyle, Gabriel García Márquez y Tomás Carrasquilla. Para explicar el género de no ficción del cual se han realizado redefiniciones excesivas, en dicho libro Correa puntualizó que la crónica es

muy difícil de acondicionar al corsé de la especificidad formal, puesto que su mestizaje de elementos expositivos y valorativos con material narrativo le dan un carácter de complejidad que elude su propia definición y la proyecta a un limbo hermenéutico; es decir, a una zona franca, a una tierra sin propietarios ni alambradas en la que reta a la incursión de todos los cruzados de los oficios de la escritura (Correa, 2012: 51-52).

En efecto, una definición concluyente de la crónica sería siempre escurridiza, pues su escritura está abocada a coquetear con otras disciplinas, de acuerdo con los requerimientos que solicita. Así, un cronista suele acudir a la literatura y la poesía para pulir su expresión, pero también a elementos de disciplinas de las ciencias sociales o exactas que le sean necesarias para las presentaciones técnicas.

El más reciente libro del profesor Correa, *Aprendiz de cronista. Periodismo narrativo universitario en Colombia 1999-2013*, tiene una historia singular de investigación. De la elección inicial de 700 crónicas en 35 periódicos y revistas, realizó luego una preselección

de 300, y finalmente las compiladas en el libro correspondieron a 66 crónicas escritas por estudiantes de comunicación social y periodismo publicadas en 20 periódicos estudiantiles.

En dicha selección, el investigador afirma en el estudio preliminar que encontró trabajos “frescos, dinámicos, de calidad literaria, con investigación y denuncias contundentes, casi siempre en un tono de voz más alto que el común de los medios tradicionales y con la vehemencia que es propia de las ganas y el entusiasmo de los jóvenes periodistas en formación” (80). Pues en los periódicos estudiantiles, los aprendices de cronista suelen emprender indagaciones de largo aliento, intentando, y muchas veces creando, nuevas formas de narración. Las crónicas allí reunidas son disímiles, de interés para un público amplio y heterogéneo. Y aunque la violencia se instala como un componente transversal, dado el entorno de conflicto social y político existente en Colombia, sucesos, acontecimientos y experiencias de la vida cotidiana también hacen parte del material al que recurrieron los cronistas en ciernes.

Sobre lo primero, a saber, las temáticas de conflicto, muertes y atrocidades, el libro contiene reportajes diversos: entre otros, el asesinato de un seminarista en la comuna 13 durante la Operación Orión, ocurrida en Medellín en 2002; una revisión juiciosa del día del magnicidio de Jaime Garzón y de los virajes del proceso, diez años después del asesinato; los capos narco-paramilitares Doble Cero y Cadena aparecen mencionados entre líneas, en crónicas en las que los protagonistas asesinados fueron excluidos de los diarios oficiales; y un cronista recorre San Vicente del Caguán quince años después de haber sido “zona de distensión”, para descubrir que en el cementerio “no cabe una tumba más” (426).

En cambio, las crónicas sobre lo maravilloso cotidiano se introducen por parajes disímiles: una barbería en Bogotá que ha sobrevivido “hasta a los hippies”, el show de un paisa que se presenta como *Spiderman*, un árbol de caucho que cayó durante un vendaval, un cronista que una noche se travistió, otro que descubrió cómo algunos niños juegan fuera de sus casas de *cambuche*, a coger las nubes con las manos, y otro que reporta veinticuatro horas desde el centro de Pereira. Historias invisibles que arrugan el pecho, como la del trasplante de corazón en una niña de seis años, un escolta que es poeta, un carnicero invidente, y reportajes a artistas como la familia Caballero, el grupo Son Batá, Lucho Herrera y Lorenzo Morales.

En síntesis, *Aprendiz de cronista* contiene historias que perdurarán, pues se van convirtiendo en lo que es también el cometido de la crónica: apresar en el tiempo lo que este arrastra en su transcurrir. Historias de ciudad y de campo, de alegrías y tristezas, de lo conocido y lo desconocido, exiliadas de los medios de comunicación tradicionales. Tener este libro en el anaquele de la biblioteca del hogar es proveerse de un arsenal de historias para ser leídas y comentadas entre colombianos, esa comunidad que se teje por el entrecruzamiento de las experiencias compartidas. No basta con vivir, leer expande la vida que la cotidianidad estrecha.

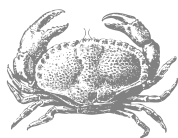
Bienvenido este libro del investigador, profesor y cronista Carlos Mario Correa. Un libro que no tiene semejante en Colombia, y que amerita otro tomo en el que continuemos leyendo otras crónicas, seleccionadas por él, en la prensa estudiantil periodística. Una tarea que Correa realizó en la estela del reconocido editor estadounidense Joseph Pulitzer, para quien los periódicos universitarios les permitirían a los estudiantes reportar, criticar, editar, corregir y diagramar, antes de trabajar como periodistas profesionales. **U**

---

Mateo Navia Hoyos (Colombia)

#### Referencias

- Abad Faciolince, Héctor (2011). "Lo que es con ella es conmigo". *El Espectador*, 10 de julio de 2011.
- Correa, Carlos Mario (2011). *La crónica reina sin corona*. *Periodismo y literatura: fecundaciones mutuas*. Medellín: Editorial Eafit.



## Poesía joven y muerte en Colombia



*Palabras como cuerpos. Antología poética*  
 Poemas en memoria de Edwin López, Gerson Gallardo y Tirso Vélez  
 Selección y prólogo: Saúl Gómez Mantilla  
 Épica Editorial y Observatorio de Dinámicas Sociales y Territoriales en Colombia  
 Bogotá, 2013  
 137 p.

**B**asta analizar cualquier época de la vida política y social de Colombia para hallarnos siempre frente a un acontecimiento en el que la violencia es el actor principal; de allí que aseverar que la poesía, hoy más que nunca, debe convertirse en un mecanismo de construcción de memoria es una idea anacrónica, pero es una tarea imprescindible cuando nadie la ha llevado a término en el país.

La función de la poesía, si es que tiene alguna, es la de ofrecer belleza, pero también es la de ser testigo de una época. La poesía ha sido fiel a los acontecimientos más importantes de la humanidad. *La Ilíada*, escrita en hexámetros dactílicos, es el primer ejemplo que se le cruza al lector, y el más significativo por dar nacimiento a la literatura occidental. Hay divergencias entre los expertos: no se sabe a ciencia cierta si los hechos históricos que narran la cólera de Aquiles frente a los muros de Troya son fabulados o reales. Sin embargo, ¿por qué veintiocho siglos después, y al comprobar que el ser